

◆ ¿Todo vale en la educación popular?

Natalia Lacalle Pedreira

Puede que estas dos palabras lo digan todo, o por el contrario puede que no signifiquen nada. Pueden provocar reacciones contrapuestas, según quien lo diga, según quien lo escuche. Es decir, como sucede con otros muchos términos que de tan manidos pierden su significado original; algo parecido acontece en torno a la educación popular.

Es por ello, que en las páginas que a continuación siguen pretendemos aclarar (y aclaramos) ciertos aspectos fundamentales de la educación popular. Basándonos en reconocidos autores, pero también partiendo de nuestra propia experiencia y reflexión sobre la misma, desgranaremos algunas características imprescindibles de todo proceso educativo popular, de modo que si estos ejes básicos no se dan, estaremos hablando de otro tipo de práctica, pero no de educación popular.

¿QUÉ ES LA EDUCACIÓN POPULAR ?

Definir la educación popular no es labor fácil, y mucho menos tratándose de un concepto tan amplio y dinámico como éste. Tampoco es nuestra intención mostrar la siguiente acepción como la única válida (ningún término es unívoco), pero sí hemos de decir qué visión de educación popular exponemos aquí como directriz en torno a la cual girarán nuestros posteriores planteamientos.

Entendemos que *"la Educación Popular es un proceso de formación y capacitación que se da dentro de una perspectiva política de clase y que forma parte o se vincula a la acción organizada del pueblo, de las masas, en orden a lograr el objetivo de construir una sociedad nueva, de acuerdo a sus intereses"*. (NÚÑEZ, 1987).

Evidentemente esta definición significa una muy determinada opción, y conlleva un compromiso y una actitud tremendamente fuertes, pero es necesario quitar muchas etiquetas y envoltorios. Aunque el sector "beneficiado" por determinadas actuaciones pedagógicas sea el pueblo, no significa que dicha actuación responda a sus intereses. La educación popular ha de surgir y ha de darse en los movimientos sociales. Es un proceso nacido de las *bases*, en el que éstas se implican para refle-

xionar, sintetizar, mejorar su práctica. Es la teoría a partir de la práctica y no la teoría "sobre" la práctica.

Y es una práctica incardinada en la lucha política. Sin un claro compromiso político, sin conciencia de clase, sin un análisis del mundo desde esta perspectiva difícilmente podremos hablar de un auténtico proceso de educación popular. Hablamos de transformar una situación dada, y pasar en ese contexto de sobrevivir a vivir (o al menos avanzar en este camino).

La realidad es la que las personas, el grupo, la organización vive, actúa, es la fuente de conocimiento, es el inicio y final del proceso. Citando a Freire (1990) diremos que *"Estudiar es pensar sobre las vivencias, lo cual constituye la mejor manera de pensar adecuadamente. Aquel que estudia jamás debería perder la curiosidad por las otras personas y por la realidad. Hay quienes formulan preguntas, hay quienes tratan de encontrar respuestas y otros continúan buscando"*.

La búsqueda constante es sin duda otra de las características definitorias de la educación popular. Es un proceso continuamente inacabado, que no responde ni a proyectos puntuales, ni a talleres que a pesar de la buena voluntad, no trascienden más allá del hecho inmediato.

Quizás como modo de clarificar un poco más nuestro concepto de educación popular, podríamos brevemente citar aquello que no lo es:

- La "educación no formal" no es necesariamente educación popular. No es suficiente saltar la barrera física y psicológica que suponen las aulas para cambiar de modo automático el planteamiento subyacente. En muchas ocasiones, a pesar de las formas, se sigue manteniendo una relación jerárquica entre educador/a- educando/a, o bien se continúa transmitiendo una serie de conocimientos previamente seleccionados y diseñados por expertos..., eso sí fuera del molde rígido de la escuela. Por tanto, no podemos equipararlas.
- Tampoco la educación de adultos es sinónimo de educación popular. En ocasiones son los métodos altamente tradicionales los que nos alejan de dicha concepción. Otras veces son los contenidos, determinados desde instancias superiores, y centrados en su mayoría en aspectos académicos propios de la educación formal.
- Los talleres de los más diversos tipos, o la realización de dinámicas, juegos, recursos audiovisuales, etc., tampoco constituyen, en sí mismos, elementos que aseguren que se está realizando con fines de educación popular.

Podríamos enumerar muchos más ejemplos de situaciones o experiencias que se prestan al equívoco. Todas ellas, con demasiada frecuencia, y sin más consideración se sitúan bajo el epígrafe de educación popular, fruto del "extensionismo" del término y que conducen a desvirtuar progresivamente su intrínseco sentido de lucha y reivindicación.

NI "ESPONTANEÍSMOS" NI "VANGUARDISMOS"

Abundando en nuestra posición respecto a la educación popular dejar muy claro que si bien hablamos de educación desde y por el pueblo, debemos alejarnos de criterios "espontaneístas" y "populistas-", según los cuales todo lo que haga el pueblo, la sola acción en sí misma es válida y verdadera. La práctica, insistiremos de nuevo, ha de partir de una toma de conciencia y posicionamiento, cargada de pleno sentido histórico y político.

Además no olvidemos que la cultura del pueblo es contradictoria. Sería absurdo aceptar los actos porque provengan del pueblo sin trascender más allá: *"La cultura del pueblo es una mezcla de valores históricos de la clase popular, con anti-valores" impuestos (también históricamente) por quienes nos dominan y explotan, a nivel nacional o internacional*". (NÚÑEZ, 1987).

En el mismo sentido se expresa Ander-Egg (1985) afirmando que la educación popular ha de asumir *"desde el pueblo, sus luchas de promoción y liberación, con todas las ambigüedades y claroscuros que tienen las cosas humanas por nobles y grandes que sean en sus propósitos"*.

Insistir una vez más, y cara a relativizar las acciones del pueblo, hacer hincapié en la importancia del sentido histórico, pues permite proyectar las acciones de manera más consciente y estratégica, superando una situación bastante frecuente como es el mero activismo. Error que a veces conduce a caer en una posición única y exclusivamente reivindicativa, de modo que las acciones puntuales se convierten en lo fundamental, relegando a un segundo plano el fin hacia el cual originariamente estaban encaminadas.

Ahora bien, tampoco creemos en una posición "vanguardista", en la que unos pocos intelectuales, sin contacto con el pueblo y su proceso, dicta las normas de verdad y las pautas a seguir. En este caso no estaríamos más que sustituyendo un tipo de dependencia, de sometimiento por otro, pero continúa siendo sometimiento a fin de cuentas.

Es imprescindible ser pueblo, escuchar de igual a igual, consensuar. Los/as profesionales hemos de participar con una actitud abierta y alejada de falsos cientifismos y rimbombantes tecnicismos. Dispuestos a aprender y a la vez enseñar, no a construir un nuevo y más sutil tipo de despotismo ilustrado, para actualizar a finales del siglo XX la máxima *"Todo para el pueblo, pero sin en el pueblo"*.

¿QUÉ HACEMOS?

A la hora de abordar directamente la problemática de la práctica cotidiana, es indispensable situar como idea-fuerza el concepto de coherencia. No ha surgido hasta ahora, pero es un aspecto que impregna todo el proceso. Lo social, lo económico, lo ideológico-cultural, lo político, lo organizativo, son dimensiones presentes y complementarias en todo proceso consciente e intencionado de transformación de nuestra sociedad.

De ahí que critiquemos tanto el funcionalismo, como el profesionalismo, pues forman parte de toda una constelación de prácticas parcializadas, que actúan bajo los patrones de división de tareas que impone el sistema capitalista, y que para nada favorecen una visión holística de la sociedad y el mundo, paso sin duda inexcusable en la liberación personal y general. Son prácticas parcializadas que pretenden ser unidas coherentemente (aunque artificialmente) usando sólo el recurso del discurso teórico.

Los profesionales implicados en un proceso de educación popular hemos de comprometernos en *"la aplicación coherente de métodos, procedimientos y técnicas, que generen y propicien una auténtica y real participación de los involucrados en el proceso de conocimiento sistemático de su realidad, para entenderla teóricamente y así poder transformarla mediante el accionar consciente, crítico, sistemático y continuo de las masas organizadas"*. (NÚÑEZ, 1987).

Esto, sin duda alguna, no puede obviar el conocimiento o revisión crítica de la propia historia del pueblo, puesto que la situación dada en un momento determinado hunde sus raíces en lo acontecido con anterioridad, y la expresión de un pueblo está condicionada por el modo en que éste ha vivenciado, interpretado y expresado esa historia.

Trasladándolo a un nivel práctico diremos que si nos decidimos a participar en un verdadero proceso de *concienciación* hemos de asumir todas sus consecuencias, y como tal analizar y revisar los recursos que habitualmente usamos, las ideas que subyacen a nuestras propuestas, no autodisculpamos, ni aplicar lavativos a nuestra conciencia, de forma que nos incorporemos en una práctica integral (no restringida únicamente al ámbito educativo), tratando de lograr una ágil relación entre los aspectos reivindicativos con los de carácter más estratégico.

Inmiscuidos/as ya en esta práctica, avanzaremos conjuntamente en la comprensión y profundización de la realidad circundante. Digamos que es un proceso dialéctico en el cual a la vez que nos circunscribimos y nos alimentamos de una realidad concreta y determinada, profundizando en su nivel de análisis, desarrollamos también un proceso de toma de conciencia de clase y de globalización, escorando el peligro de creernos una isla en esta "aldea global" en la que vivimos, y por tanto perder el horizonte de nuestras acciones.

Evidentemente en esta dinámica podemos ¡y debemos! valernos de otras acciones puestas en marcha: informarnos, documentarnos, vivenciar distintas experiencias, puesto que no podemos pretender que un grupo de personas sólo a partir de su propia experiencia, alcance los niveles de profundidad de análisis que de otro modo se podrían dar. Además es un esfuerzo que carece de todo sentido, y contradice el mismo proceso de enriquecimiento que significa la educación popular.

Ahora bien, el buscar información, conocer otras teorías, etc., no debe llevarnos a "trasplantar" modelos. Lo que fue válido en un lugar y momento concreto nos ha de proporcionar claves de reflexión o pautas de acción, pero no debemos tomarlo como una receta. No olvidemos que la práctica ha de surgir de la propia gente que

participa en el proceso, y ha de estar fuertemente enraizada en las coordenadas espacio-temporales que la definen.

Un aspecto más a recoger, y sin duda fundamental, es la evaluación. No debemos pretender la perfección desde el primer momento. Además dada la actitud abierta del grupo participante en el proyecto, es normal que la práctica, la reflexión en torno a la misma, la confrontación con la realidad, y así sucesivamente, provoque contradicciones entre nuestros planteamientos iniciales, rompa esquemas que teníamos muy introyectados o nos sitúe ante nuestras propias incoherencias. Sin duda, forma parte del proceso. Pero la diferencia está en saber extraer de ello un aprendizaje que se constituya en riqueza, y para ello es imprescindible la evaluación grupal y la autoevaluación.

EL PAPEL DEL EDUCADOR O LA EDUCADORA

En este apartado trataremos de concretar tanto el papel que creemos debe desempeñar el educador o educadora, involucrado en un proceso liberador, como ciertas consideraciones metodológicas y técnicas de su papel:

Primero, hemos de romper con la concepción tradicional según la cual haga el pertinente diagnóstico de necesidades, y la consiguiente investigación (en muchas ocasiones externa) el profesional o la profesional y desde su "tarima" de saber elaborar un proyecto como respuesta a las necesidades detectadas.

Hablamos de una dinámica en la cual el diagnóstico de necesidades se realiza provocando en las personas implicadas el cuestionamiento, mediante la reflexión sistemática y crítica, de la realidad enajenante y opresora que nos rodea y de su aparente "normalidad". Tras esto realmente podemos empezar a hablar de las necesidades vívidamente sentidas y de los deseos que mueven al grupo a actuar.

Por otra parte tampoco es que desechemos la investigación. Ha de ser complementaria, y suele ser necesaria, ya que muchos elementos o parámetros no son detectados en los primeros momentos o simplemente, no se encuentran al alcance del grupo en su propio ámbito. Pero no debe constituirse en la fuente de verdad y conocimiento.

Para conseguir que en todos estos procesos se involucre a más y más miembros de la comunidad hemos de revalorizar su saber, nadie puede sentirse excluido, pues es el pueblo el que realiza la apuesta y quien la lleva a cabo. Los métodos y técnicas para ello pueden ser de lo más variado, desde recuperar la tradición oral, hasta sacar del baúl las vestimentas apolilladas. El caso es ser conscientes de lo que somos y qué significa. Para conseguirlo (y siempre dentro de la coherencia propugnada) no existe más límite que la creatividad.

Guiarnos también por el principio de que los métodos y técnicas que empleemos han de tener un carácter instrumental "*... y nunca pueden suplir la necesidad de creatividad frente a la originalidad o carácter inédito de cada situación concreta que se ha de enfrentar. {...} No hay ningún método válido para todos los tiempos y todas las circuns-*

tancias; aplicarlos mecánicamente no es entender el carácter de los métodos y las técnicas". (ANDER-EGG, 1985).

Las pautas de acción que desarrollemos se formularán en una situación concreta y con una finalidad determinada. Evidentemente no serán ajenas a nuestra ideología, ni a nuestra interpretación de la realidad y del proceso de cambio. Y aquí entroncamos con otra característica del educador/a: no es neutral. Dicha opción ya significa decantarse por una muy determinada posibilidad. Es esconderse tras vocablos, técnicas, estadísticas, de modo que marcamos distancias y dibujamos paisajes borrosos. En este sentido, ya se expresó Freire (1990) cuando decía: "*Guardar silencio acerca de nuestras opciones, ocultarlas en la telaraña de la técnica o disfrazarlas pretendiendo neutralidad, no constituye una posición neutral; por el contrario, ayuda a mantener el status quo*".

Sobra decir que el educador/a ha de promover activamente el logro de los objetivos buscados. Es un elemento determinante, que se refleja en ejemplos, aparentemente anecdóticos como moderar una discusión. Puede resultar infructuoso el discutir un tema o situación, sin saber para qué se discute y qué se quiere lograr con ello. Puede que ante el sentimiento de "pérdida de tiempo" o inutilidad la gente "se quemé".

De ello se deduce que coordinar no es sólo dar la palabra. Es un papel activo en el que hemos de desarrollar la capacidad de preguntar y cuestionar al grupo para así seguir buscando, de modo que construya su respuesta. Una respuesta que resultará pobre si no hemos sabido generar y propiciar la participación activa de todos los componentes del grupo. Esto dependerá mucho del clima de confianza y cohesión de grupo que hallamos incentivado. Un ambiente en el que las distintas propuestas y opiniones son respetadas e integradas, no dejándonos arrastrar por presiones de mayorías, o aparentes facilidades.

Un pequeño comentario respecto a las opiniones; la habilidad del educador/a está tanto en saber callar, como en saber hablar. Si bien su pedagogía se basa en su capacidad de catalizar procesos ya señalamos que no es neutral ni ajeno al proceso, y que, por tanto, está comprometido con una causa y unos intereses. Si bien tampoco su opinión debe condicionar la visión del otro, cosa que puede suceder pues suele ser más vehemente en sus exposiciones y dominar un lenguaje más elaborado.

Queden aquí estos breves apuntes en torno a la figura del educador o educadora. Recordemos especialmente la consigna de coherencia y compromiso en el pueblo. Sentadas estas bases desarrollaremos en unidad con el grupo, ya todo lo demás. Métodos, dinámicas, acciones, etc.

RETOS DE LA EDUCACIÓN POPULAR

A modo de resumen, pero a la vez como desafío hablaremos de los retos, de las coordenadas, que marcarán las pautas de acción de procesos educativos populares, y dentro de nuestro contexto servirán de referentes para nuestra práctica.

Para ello nos hemos basado en la propuesta que realiza Ander-Egg para el abordaje científico de la realidad desde una perspectiva dialéctica.

Señala como primera característica el enfoque holístico totalizador. Une perfectamente con la idea que desde hace ya tiempo se hace desde el movimiento ecologista: "*Piensa globalmente, y actúa localmente*". Cualquier circunstancia, por nimia y concreta que nos parezca, tiene profundas conexiones con otros muchos más fenómenos, y se encuadra dentro de los parámetros casi determinados del sistema neoliberal en el que nos hallamos. A modo de advertencia diremos que profundizar en un análisis global, no debe significar en ningún momento una acumulación parcial de datos; aumentaría la confusión.

En segundo lugar, nos habla de superar la dicotomía entre teoría y praxis. Por ser éste uno de los tópicos más tratados en general en toda la literatura pedagógica no nos extenderemos. Además creemos que queda ya apuntado a lo largo de las páginas.

Tercero: Perspectiva utópica en cuanto a desentrañamiento y previsión de futuro. Sin duda uno de los "peros" más recurrentes que se comentan respecto a la educación popular es que los objetivos que se proponen son utópicos, pretendiendo de este modo descalificarlos. Ser utópico significa no sólo contemplar, analizar lo que es ahora la realidad donde nos movemos, sino ver las posibilidades de futuro que entraña. Siguiendo con nuestra propuesta de ver más allá de lo obvio e inmediato debemos conjuntamente estudiar aquello que está contenido en ese momento como posibilidad futura. Parafraseando a Eduardo Galeano diremos que la utopía es como el horizonte. Nunca conseguimos alcanzarlo, pero nos sirve para caminar y avanzar.

No olvidaremos tampoco el pensamiento crítico. No aceptar la realidad normalizada ni el pensamiento único imperante. Captar la significación intrínseca de los acontecimientos y difundirla, relativizar el código de valores impuesto, siendo muy consciente, eso sí, de que siempre resultará más fácil aceptar un nuevo descubrimiento, un nuevo artilugio, que un cambio de valores y actitudes, y ésta ha de ser una más de las muchas resistencias que nos encontremos en el camino.

Incidir también en la función desmitificadora que hemos de jugar. Hoy en día atávicas supersticiones han sido sustituidas por otras más sutiles e impenetrables, por ello hemos de desterrar falsos mitos, por ejemplo la neutralidad de la ciencia, revelando la realidad oculta, encubierta o disimulada. "*El científicismo ha reemplazado la mistificación ingenua con una mistificación sofisticada*". (ANDER-EGG, 1985).

Por último, reiterar dos ideas que ya han aparecido anteriormente en el texto; la imposible imparcialidad de cualquier acto humano y, por tanto, desde nuestra perspectiva, la necesaria explicitación de los supuestos ideológicos que los sustentan.

Parece una labor ingente y complicada, y realmente lo es. Es romper con casi todo lo habitual en nuestras vidas, pero es necesario si realmente queremos avanzar en un cambio radical de la realidad en la que se desenvuelve la humanidad y construir una alternativa justa y libre.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDER-EGG, E. (1985): *Metodología del trabajo social*. México: El Ateneo.
FREIRE, P. (1990): *La naturaleza política de la educación*. Barcelona: Paidós.
NÚÑEZ, C. (1987): *Educación para transformar, transformar para educar*. Lima: Tarea.